

“Nada más que la verdad”: relato de un “falso positivo”

NATALIA ESCOBAR SABOGAL*
IVONNE ALONSO MONDRAGÓN**

*“Siempre habrá otras historias, otras memorias e interpretaciones alternativas,
en la resistencia, en el mundo privado, en las ‘catacumbas’.”
Elizabet Jelin (2011, p.6)*

INTRODUCCIÓN

En este capítulo se presenta una reflexión en torno a la memoria como un escenario de luchas en el que se disputa la construcción de sentidos sobre el pasado. Esta disputa ha producido tanto la validación como la precarización de ciertas formas de narrar los acontecimientos de la guerra. Así pues, teniendo en cuenta las tensiones propias de la producción de verdad en los países en transición, se hace necesario proponer ejercicios que

* Psicóloga, Magíster en Antropología Social y estudiante del programa doctoral en Literatura de la Universidad de los Andes (becaria CEIBA). Desarrolla investigaciones relacionadas a estudios de género, construcción de memoria, relación arte y conflicto y relatos de mujeres excombatientes en Colombia. Correo electrónico: n.escobar174@uniandes.edu.co

** Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia, Diplomada en Dramaturgia de la UBA y Magister en Literatura de la Universidad de los Andes. Desarrolla investigaciones relacionadas a la literatura escrita por mujeres y la literatura del conflicto en el caso colombiano. Docente del Dpto. de Literatura de la Universidad de los Andes y de los posgrados en Creación Literaria de la Universidad Central. Correo electrónico: ia.alonso@uniandes.edu.co

propicien la visibilización de las voces precarizadas, ya que las oficializadas son las más difundidas y reconocidas en la sociedad. En relación con lo anterior, este capítulo está dividido en dos partes. La primera parte está compuesta por una introducción en la que reflexionamos sobre algunos temas de importancia en relación a la construcción de memoria histórica –los discursos oficializados, el carácter testimonial de distintos relatos y manifestaciones en torno al conflicto, el silenciamiento de ciertas voces, el quehacer académico en escenarios de construcción de paz, entre otras–. La segunda parte es el relato de doña María Ubilerma Sanabria, madre víctima de las ejecuciones extrajudiciales de Soacha.

PRIMERA PARTE

La memoria, la Historia y el control por los significados del pasado, como instrumentos de política nacional, se sostienen en un registro de doble sentido: por un lado, al construirse desde la intención de un discurso totalizante se institucionalizan y, por otro lado, como consecuencia de lo anterior, se inscriben en la abolición de la palabra del otro. Se puede decir, entonces, que la dinámica del discurso oficializado de la verdad sobre la guerra se sustenta en las prácticas de invalidación sobre el derecho a hablar, la oposición y la diferencia; esto, pues, es lo que se configura, como bien lo señala Michael Foucault, en un *régimen discursivo de verdad*. Con esta categoría de análisis hacemos referencia a la relación que establece Foucault entre discurso, verdad y poder. Esta relación permite el análisis de las formas en que una sociedad reglamenta la producción, la ley, la puesta en circulación y el funcionamiento de la verdad. Para Foucault

la verdad no está fuera del poder, ni sin poder (...) La verdad es de este mundo; está producida aquí gracias a múltiples imposiciones. Tiene aquí efectos reglamentados de poder. Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su “política general de la verdad”: es decir, los tipos de discursos que ella acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o falsos, la manera de sancionar unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el

estatuto de aquellos encargados de decir qué es lo que funciona como verdadero. (Foucault, 1979, p. 187)

Como respuesta a la oficialización del *régimen discursivo de verdad* surgen al margen otros relatos y/o narrativas sobre el pasado, estos están direccionados hacia un interés particular: dar cuenta de unas experiencias que no han sido tenidas en cuenta dentro de los mecanismos institucionalizados de producción de verdad. En ese sentido, esas manifestaciones al margen se inscriben en un tipo de práctica discursiva que busca visibilizar, y a la vez poner en circulación, relatos de vida que los discursos oficiales e institucionalizados no cuentan de la guerra ni sobre las víctimas que ésta deja a su paso.

Si partimos de señalar que los discursos oficiales configuran formas de dominación, se puede decir que las narrativas que surgen al margen tienen como principio fundamental generar una discursividad que no contenga una coacción que limite los significados del pasado. En este sentido, uno de los escenarios que promueve una apertura de significación es el *arte*, ya que éste se manifiesta como una herramienta de apropiación de la realidad y, por supuesto, de los acontecimientos históricos, experienciales, culturales y sociales que la determinan. En esa apertura de posibilidades, que reconoce la validez de lo subjetivo, el arte

tiene la fuerza para suspender, traer de vuelta, acompañar o interrogar realidades y situaciones violentas, confrontándonos con contenidos y significados que no vemos o no hemos querido mirar. Solo una mirada oblicua de nuestra parte puede hacer visibles los fragmentos, las huellas y los vestigios que los artistas han ensamblado con el fin de darle sentido a una realidad lacerante y contradictoria. (Uribe, 2015, p. 21)

Con esta particularidad de apropiación que concedemos al arte, la cual nos permite anunciarlo como un conjunto de “discursos no-oficiales”¹,

1 La noción de “discursos no-oficiales”, en relación con las manifestaciones artísticas, es propuesta como una categoría de análisis en el trabajo de investigación “Literatura y memoria: Representaciones del conflicto colombiano en palabras de mujer” (Alonso, 2016).

se da reconocimiento a una pluralidad de enunciados, relatos, narrativas, manifestaciones y representaciones que surgen en medio de la construcción de una realidad histórica.

En ese intento de fundar nuevos horizontes de significación, el reconocimiento de otros relatos y versiones sobre los acontecimientos de la Historia, relacionados específicamente con el conflicto en Colombia, cobra un papel relevante. La relevancia de estas otras voces y relatos –emergentes al margen de la oficialidad– radica en su valor testimonial, el cual, como señala Ochando (1998), entra en diálogo y tensión con los antiguos protagonistas de la historia, pues “da lugar a la narración de experiencias del ‘hombre’ [y la mujer] común” (p.40). En este sentido, la potencia de lo testimonial en la construcción de versiones polifónicas del pasado se podría definir en relación a tres características que queremos resaltar: 1) según Le Goff, lo testimonial contiene una función social de comunicar los acontecimientos del pasado; 2) para Calveiro dichas voces al margen son múltiples y configuran coordenadas de sentido y accionar político y 3), al posibilitar la narración a partir de la experiencia subjetiva, lo testimonial permite tanto la aparición de nuevos sujetos narrables como de nuevos relatos sobre las diversas vivencias en el marco del conflicto.

Son estas características, y las reflexiones que hemos enunciado hasta ahora relacionadas con la Historia, la memoria y las experiencias de la guerra, las que han posibilitado que en este trabajo presentemos la voz de doña María Ubilerna Sanabria, madre víctima de las ejecuciones extrajudiciales de Soacha sucedidas en Colombia en el año 2008. Vale anotar que la elección de esta voz y su relato también está inscrita en una mirada desde la perspectiva de género, la cual nos permite dar cuenta de los múltiples silenciamientos en los que ha quedado inscrita la voz de doña María: el ser mujer, el ser víctima y el intento del discurso oficial por acallar su relato. Gayatri Spivak argumenta que el sujeto subalterno mujer sufre una suerte de silenciamiento estructural dentro de la narrativa histórica hegemónica. En este sentido, una de las críticas del feminismo y los estudios de género a la construcción oficializada de la Historia es la omisión del lugar de las mujeres como sujetos productores de saber sobre la experiencia de la guerra. Existe un entramado de reglas y discursos que han regulado el posicionamiento de los sujetos, sus posibilidades de existencia,

las formas de exclusión sobre ciertos cuerpos, las prácticas de control y gobernabilidad sobre los sujetos y la negación de derechos a algunos sectores de la sociedad. Si bien es cierto que las condiciones socio-políticas han cambiado para las mujeres, no se puede negar que la historia de la guerra ha sido contada en clave falocéntrica y que “las voces de las mujeres han sufrido la invisibilidad en la construcción del discurso histórico oficial” (Herrera y Pertuz, 2015, p. 151). Sin embargo, pese a estos silenciamientos, doña María ha encontrado otros escenarios de posibilidad para dar cuenta de su historia como madre víctima del conflicto: el arte, específicamente el teatro y la escritura de canciones. De ello da cuenta su relato.

En relación al relato que presentamos en este capítulo es pertinente hacer algunas precisiones. Como primera precisión, reconocemos que la reflexión teórica esbozada en esta introducción se inscribe en una práctica de carácter letrado, y resulta relevante este señalamiento en la medida que es justamente este carácter –y su marco de legitimación– el que posibilita la visibilidad de una voz precarizada como la de doña María. Este señalamiento, y lo paradójico que contiene, va más allá de una crítica al logocentrismo y al quehacer letrado: queremos señalar, por un lado, la existencia de relaciones de poder en las formas de producción de verdad y, por otro, planteamos la construcción de modos distintos de uso y reapropiación del logos en la producción de memorias sobre la guerra.

En el sentido de la reapropiación de la palabra, como característica fundamental para producir relatos alternativos a los de la historia oficial, queremos hacer una segunda precisión: el relato que presentamos en este trabajo surge de una entrevista realizada el 9 de junio de 2016 a María Ubi-lerma Sanabria. Esta entrevista es producto de un encuentro con doña María, el cual se dio en el marco de un trabajo reflexivo sobre arte, conflicto, mujeres y construcción de paz que se ha desarrollado en el grupo de investigación “VOCES”, del Centro de Investigación y Creación, CIC, de la Universidad de los Andes.

Como tercera precisión, y para finalizar, queremos dar cuenta de la edición e intervención al relato que surge de la entrevista. En primer lugar, ésta tuvo cuatro ejes de interés: i) la historia de doña María en relación a la victimización, ii) el lugar del silencio y la denuncia, iii) el teatro como escenario de visibilización y iv) el rol del arte en los procesos de construcción de paz.

En segundo lugar, el relato conserva los usos del lenguaje propios del habla de doña María; sin embargo, reconocemos que los encuentros del trabajo de campo con personas y poblaciones derivan en experiencias que son incommunicables en el lenguaje escrito. En tercer lugar, la entrevista fue transcrita literalmente y en su totalidad, aunque vale anotar que reordenamos algunos apartados con el fin de establecer unicidad en relación a los ejes de interés de la entrevista; vale señalar que no se hizo omisión de ningún apartado, sólo de algunos nombres por temas de seguridad.

En la presentación de este relato identificamos la posibilidad de seguir abriendo un espacio de discusión y visibilidad a los problemas de marginalidad que ha producido el conflicto armado en Colombia. Es por ello que las reflexiones que proponemos, así como la presentación del relato de una mujer víctima del conflicto, permiten tanto hacer una revisión crítica de la verdad oficializada, como seguir abriendo espacios de discusión para que todas las personas encontremos nuestro propio reflejo en una realidad que nos afecta y nos pertenece; una realidad que se ha visto permeada por la arbitrariedad de una fuerza como la guerra. Llevamos décadas en una situación de constantes pérdidas y el reconocimiento de nuevas voces se constituye como escenario de búsqueda y posible recuperación de lo perdido.

SEGUNDA PARTE

“A mí me mataron a mi hijo y yo me estoy muriendo.”

Mi nombre es María Ubilerma Sanabria, soy una de las madres de Soacha y soy una mujer, hoy en día, como dice el dicho, empoderada para defender los Derechos Humanos porque ha pasado mucho tiempo. Yo viví mucho tiempo como con una venda en los ojos, creyendo que todo era lindo, que todo era hermoso, pero resulta que la historia va mucho más allá. Hoy en día yo tengo una función muy grande, mi agenda es bastante apretada porque tengo que estar en muchos colegios, en universidades, en departamentos, en muchas ciudades, bueno, en diferentes actividades, y ahora también en el teatro. Pero créanme que, bueno, en esos momentos, al principio, uich, sufrimos mucho, yo por mi parte lloré mucho bregando a contar lo que necesitaba contar y bregando a adaptarme a todo, para mí fue durísimo, durísimo.

Entonces y cuando yo estoy en las tablas, de pronto la gente no se da cuenta, yo sé que no se dan cuenta, porque yo a veces, cuando estoy cantando la canción que mi niño siempre me cantaba o que él dedicó en una reunión que hubo para la familia en un mes de mayo. Eso fue en Boyacá, estábamos todas reunidas cuando llega mi niño, se levantó de la silla y fue a donde estaba el director que tenía el micrófono y entonces le dijo algo al director, al rector del colegio, el profesor le decía que sí. Cuando ya él lo tomó [el micrófono] y dice: “buenos días para todos, yo creo que es un momento muy bonito y muy especial de estar aquí todos reunidos, de tener a los papitos y a las mamitas reunidas aquí y, pues, yo quiero cantarles una canción”. Empezó a cantar esa canción: “le canto a la mujer de pelo blanco” [doña María canta]. Empezó a cantar y allá a la mitad de la canción: “y allá para mi mamita que está sentadita allá, mamita, por favor, se coloca de pie”; yo me coloqué de pie, la gente miraba: “ah, la mamá del niño cantante”. Para mí fue un orgullo grande. Y yo hoy en día cantando esa canción, cuando me toca cantar yo cojo la foto [de mi hijo] y en ese momento para mí es durísimo, porque yo siento que me estoy quebrando, yo digo: Señor, por favor, ahora no, por Dios, Señor, por favor. Entonces toca es tomar como aire y poder estar tranquila y seguir hablando, seguir diciendo, seguir contando. Y así pasaron muchos meses haciendo la obra con llanto, con tristeza, bueno, con dolor, con de todo.

Algo muy importante [es] que mi niño, él cuando estaba pequeñito, él decía que quería ser cantante y médico veterinario, esas eran las ilusiones de él, porque a él le fascinan los animales, le fascinan los niños y abuelitos, era lo que le fascinaba en la vida, los niños, los abuelitos y los animales. Entonces, yo saco en la obra de teatro [una pelota] que es el mundo, [y] él decía: “mamita, mira mamita, esto, cuando yo sea el profesional que yo quiero ser y que la vida me permita ser, voy a ser un gran profesional y voy ganar mucho dinero y con ese dinero yo la voy a enviar a viajar a sumercé por todo el mundo, mira mamita por aquí vas a estar, por aquí vas a estar”. Yo entonces, hoy en día, yo digo: carajo este niño lo decía tan enserio, como tan seguro de lo que estaba diciendo, que no está conmigo, que eso es lo que más me duele, que no esté conmigo, pero que me haya enviado a viajar por tantas partes, por tantos países, que haya conseguido tener tantas amistades tan bonitas como de diferentes partes, defensores de Derechos Humanos, defensores de todo, amigos, niños, colegiales, niños estudiantes, profesores, profesoras.

A ver, ah, no les he contado que mi hijo cuando estaba pequeñito tenía el cabello largo hasta la cintura, que le hacía moñitas, lo confundían con mis otros hijos.

Yo tengo nueve hijos [doña María se ríe], a ver si se van a reír o qué van a hacer. Es que hay gente, yo lo digo porque varias veces me ha tocado en los colegios y las universidades, sueltan la risa. Cuando yo llevé una vez a mi niño al médico, tenía el niño, el puro menor, tenía como unos 3 años, entonces de paso me dijo el doctor que yo fuera a unos exámenes, y dije que claro. Entonces yo fui al examen y el doctor me dice: “¿usted cuántos hijos tiene?”, le digo yo: tengo nueve hijos, me dijo: “juemadre, mijita ¿es qué no tenía televisión?”, le dije: sí Doctor, sí doctor yo tenía televisión, pero también tengo un equipo de sonido y me gusta la música, me fascina la música y al son de la música, pues se baila ¿no doctor? [risas]. Ay, juepuchica, se reía más bueno ese doctor.

Ah, yo terminé mi bachillerato cuando estaba embarazada del niño, Jaime Estiven Valencia Sanabria, entonces yo, cuando ya iba a terminar el año, me tocaba sentarme en las esquinas, me tocaba dejar de medio ladito la barriga [doña María se ríe]. Bueno, mi niño estaba estudiando en 2007, y él en diciembre de 2007 mi niño me dijo: “mamita, yo este año no voy a estudiar porque como yo sé y veo que hay mucha necesidad”. Yo soy cabeza de hogar, entonces él decía: “mamita yo tengo que colaborar a sumercé, yo voy a trabajar porque hay que colaborar en la casa porque si pagamos servicios no comemos y si comemos, pues, no pagamos servicios”. Él tenía 13 años, no, no, eso fue antes, eso fue como en el 2002, él decía desde muy temprana edad que él tenía que ayudar. Pero en el 2007 él me dijo: “mamita yo voy a retirarme de estudiar porque necesito trabajar para ayudarle a sumercé”. Él me dijo: “mamita mire, es que quiero contarle una cosa, unos muchachos que vienen de otros departamentos de tierra caliente tienen harta plata, vienen bien vestidos y vienen a llevar gente para trabajar a tierra caliente cuidando fincas, ordeñando vacas o sembrando, cogiendo café; mamita, pagan bien y le dan a uno permiso cada tres meses a visitar a la familia. Mamita, yo voy a trabajar porque pagan bien y yo sé que en unos cuantos meses compramos una casa grande”. Entonces yo le dije: no papá, que sus hermanas sigan trabajando, pero ahorita, porque sumercé está estudiando, y yo no quiero que deje de estudiar, entonces ahí sí cuando termine usted entra a trabajar. Yo le dije: más, sin embargo, no se vaya por allá para ninguna parte, no papá —yo le decía chivito, cariñosamente—, no mi chivito, no se vaya a ir. ¿Por qué?, porque donde quiera que ha trabajado siempre lo han explotado, no puede trabajar tranquilo porque la policía los persigue trabajando. En Abastos él estuvo trabajando y la policía los perseguía por ser menor de edad. Entonces, quedó así, “bueno mamita no me voy, ya no me voy”. Tal vez el error mío, yo digo, un grande, grande error, no

haberle preguntado si le habían seguido diciendo cosas, yo no le había preguntado porque quedó como caso cerrado, me dijo que ya no se iba, pues listo.

Ya el 8 de febrero de 2008 fue desaparecido. Yo llegué por la tarde, de trabajar, el miércoles que era 6 de febrero, y yo le dije a mi niña: mami ¿dónde está el chivito?, entonces dijo: “mami yo no sé, me tiene preocupada, porque salió a las once y treinta del día, se alistó, se puso bien lindo y salió; [él] dijo: “voy a traer el almuerzo y hacemos el almuerzo para que cuando mi mamita venga le servimos un buen almuerzo” y esta es la hora que no aparece”, y ya eran como las tres o cuatro de la tarde. Yo dije: ve tan raro. Entonces yo lo único que le pregunté a mi hija: mamita ¿no será que usted salió a alguna parte y el niño vino a decirle que se iba a ir a trabajar con algún amigo y usted no estaba? [Mi niña] dijo: “no madre, yo de aquí no me he movido”. Pues dije, tan raro, a mí se me hacía raro porque él siempre salía a la calle y algún compañero le decía “camine a trabajar”, porque él trabajaba de pato en las busetas, entonces el corría: “mamita, mamita, ya vengo voy a ir con fulano de tal a hacer un viaje y ya vengo”. Entonces a mí se me hizo tan raro eso. Así llegaron las seis de la tarde, y a las seis de la tarde [siempre] él estaba sentado en la silla viendo televisión, viendo muñequitos y riéndose; las siete, las ocho, las nueve, las diez y mi corazón se me quería salir de la preocupación que tenía, mejor dicho, terrible. Y me dieron, no me acosté esa noche, me dieron las seis de la mañana en la terraza mirando a ver a qué horas venía, de dónde asomaba, por dónde asomaba. ¡Terrible! Yo hice un agua de panela, fui y traje pan y me fui a trabajar. Llegué más temprano y le dije a la niña que si ya sabía algo del niño y me dijo: “no mami, ya fui a diferentes partes, a donde los amigos y nadie lo ha visto”. Yo dije: Dios mío, tan raro, ¿por qué?, tan raro. Bueno, me terminé un agua de panela que había por ahí y me fui a buscarlo, fui a la policía, por los lados del río, fui por los orillos de la laguna, fui por muchas partes a buscarle y dije: pero tan raro, este chino ¿dónde se metió, pero qué pasó? Llegué como a las tres de la mañana a la casa, dos noches sin dormir ya.

Entonces yo dije: bueno, hoy voy a ir a trabajar, pero voy a escaparme y voy a ir a colocar la denuncia, porque ya es viernes 8 de febrero y fui a la Fiscalía a poner la denuncia. Yo iba hecha un mar de lágrimas, cuando yo llegué allá, me dice la señora que estaba ahí que por qué lloraba, entonces yo le dije, la saludé y le dije: es que lo que pasa es que vengo a colocar en conocimiento de las autoridades que mi hijo está desaparecido. [Ella] dijo: “ay por desaparecido, ¿cuántos años tiene?”. Le dije yo: tiene 16 años. “Ay mijita, mijita, mijita, usted aquí llorando y su chino por allá debe estar con los amigos, con la novia, debe estar enrumbado y usted aquí

llorando, no mijita, váyase para su casa y lo espera en su casa y si no aparece, entonces venga dentro de veinte días y coloca la denuncia”. Y uno como es, como dice el dicho, no conoce la maldad de la gente, uno no sabe de pronto que exista tanta maldad de la gente, porque ¿saben una cosa?, ellos sí sabían lo que estaba pasando, ellos sí tenían conocimiento. Sí, sí, nosotras llegamos a la conclusión de que ellos sí sabían lo que estaba sucediendo. ¿Por qué?, porque miren, no fue a mí sola la que no me recibieron la denuncia, a otras mamitas les pasó lo mismo, no les recibieron las denuncia, ellos sabían, eran cómplices de lo que estaban sucediendo. Entonces, bueno yo me salí y me fui para la casa, me fui para la Cruz Roja, hice una diligencia y me fui para la casa y llegué más temprano, como a las tres de la tarde a la casa. La niña cuando me vio llegar dijo: “ay, mamita, llamó chivito”. Entonces dije: este chino hijuemadre, ya como que me dio alegría, llamó. ¿Qué dijo? “Mami, dijo que estaba en Ocaña, Norte de Santander”. ¿Qué más dijo? Entonces llega y dice la niña: “no mami, es que únicamente dijo que estaba en Ocaña, Norte de Santander, y yo le dije hábleme más duro que no le escucho, entonces él dijo “es que no puedo, no puedo, dígame a mi mamita que estoy llegando del domingo al lunes pero que no me vaya a castigar porque me vine sin permiso””. Entonces, como él dijo que del domingo al lunes llegaba, yo dije, pues bueno, esperarlo.

¿Sabe cuánto tiempo llevo esperándolo? Más de 8 años. Bueno, espérela, búsquelo, las amistades me preguntaban “¿ya encontró a su hijo?”. No, no lo he encontrado. Me decían: “pero si acabó de pasar en una buseta, está trabajando”. No, él no está aquí, “que sí que yo lo vi”. Entonces me quedaba como eso: ¿será que este chino si está por aquí, será que esté chino no quiere llegar a la casa, piensa que lo voy a castigar? Eso era terrible para mí, yo decía: ¿pero este chino por qué no quiere llegar a la casa? Después me iba a buscarlo a los antros, mejor dicho, a donde estaban durmiendo los gamincitos y a mirarlos a ver si de pronto era mi niño, y, precisamente, todos se le parecen a uno ¿Será que es, será que no es? Me tocaba levantarlos [y] levantarlos; a veces se ponían de mal genio, bueno diferentes reacciones.

El 25 de septiembre yo me encontraba en Valledupar, cuando me llama mi hija y me dice: “mamita ¿usted está viendo noticias?”. Le dije que no. La china estaba vuelta un mar de lágrimas, estaba vuelta un mar de lágrimas. ¿Qué paso mamita? [y ella] dijo: “no, es que están diciendo en la televisión que los muchachos desaparecidos de Soacha están apareciendo en fosas comunes en Ocaña, Norte de Santander”. Yo dije: ¡Dios mío, mi niño! Pero volvía y pensaba, pero Dios mío ¿cómo así? Yo que sepa es mi hijo el que estaba desaparecido yo no sé de más nadie que esté

desaparecido; yo dije que eso era como una tomadera de pelo, no. Más, sin embargo, yo salí de la casa de donde estaba, buscando donde quedaba la Fiscalía, eran las siete cuando yo salí de la casa. Yo me acuerdo que salí hecha un mar de lágrimas de ahí, caminé y caminé y caminé y yo preguntaba dónde quedaba la Fiscalía. Llegué a la Fiscalía hecha un mar de lágrimas y el muchacho que estaba a ahí llega y me dice: “señora, ¿qué tiene, qué le pasa, en qué le puedo ayudar?”. Entonces yo traté de explicarle, pero no podía, entonces fue y me trajo agua, me tomé el agua y me dijo: “ahora sí, dígame ¿qué es lo que le pasa?”. Entonces yo traté de decirle que era que mi muchacho estaba desaparecido y que en Ocaña... bueno, traté de contarle. Me dijo: “señora, lo siento mucho pero no le puedo ayudar, porque aquí yo soy el que cuido, como usted sabe las fiscalías ya llevan casi tres meses en paro”. En ese tiempo las fiscalías estaban en paro. Yo dije: ¡Dios mío! Me dijo: “si quiere vaya hasta Ocaña o vaya hasta San Alberto”. Yo dentro de mí dije: Dios mío, si no tengo una moneda, ¿qué voy a hacer? Me acuerdo que salí de ahí, de la Fiscalía, [que] queda en una esquina, pasé la avenida, puse el pie derecho encima del andén y no sé qué pasó conmigo, no sé qué pasó conmigo. Miren yo llevo ocho largos años echándole cabeza a todo esto, echándole cabeza a tanta cosa, pero no he podido encontrar qué paso conmigo ese día; si fue que perdí el conocimiento, si fue que me caí, no sé nada, nada, nada, no sé nada. Lo único que me acuerdo fue que, tal vez, como que recobré el conocimiento o yo no sé qué pasó conmigo, fue cuando llegué a la casa, ¿no perderme?, sin tomar ningún alimento ni agua ni nada, nada, nada. Yo digo, ¿antes cómo no me atropelló algún un carro?, ¿pa dónde cogí? No sé, no sé. Yo digo que por eso es que hay tantas madres locas, de verdad.

Cuando yo llegué a la casa eran las siete de la noche y vi las noticias y decían que al otro día trasladaban cuatro cadáveres de Ocaña, de Medicina Legal, a Bogotá, a Medicina legal; de Medicina Legal a Medicina Legal. Entonces yo llamé a mi hija y le dije: mamita, los documentos del niño están encima del armario, lleve esa carpeta y, por favor, métase por donde sea, tiene que alguien decidirle algo. Entonces ella fue y me dijo: “mamita, la doctora que me atendió me dijo que no tenía una foto, que no tenía nada de la persona que yo le estaba diciendo, pero me dijo que fuera mañana”. Yo le dije: pues, mamita, madrugue mañana y vaya, mamita, por favor, vaya. La chinita sí lo hizo. Ella fue al otro día y cuando ella llegó a Medicina Legal la doctora dizque la miraba y la miraba. Claro, le encontró parecido con el chino o alguna cosa. Entonces dizque dijo mi hija: “doctora, ¿usted por qué me mira así?”. Entonces que le dijo la doctora: “no, tranquila mamita,

no se preocupe, siéntese hija, siéntese”. Mi hija dice que la mandó a sentar y que cuando movió el mouse la doctora salieron dos fotos de mi niño. Ella dice que para ella fue como si la tierra se hubiera tragado la silla en donde ella estaba sentada. Dijo: “madre, yo vi que como que el claro que había se oscureció, se me nublaron los ojos”. No, terrible. Entonces la doctora dizque la bregaba consolar. Cuando ella llegó a la casa yo ya había llegado y se queda mirándome y me dice: “mamita, mi hermano está muerto”. Yo dije: ¡no! Yo lo único que hice fue tirarme de la silla, caer de rodillas y yo le decía: papito Dios, por favor, dígame que no es mi niño, mi niño no, por favor, Dios mío. Yo le pegaba al suelo y decía: no, Señor, Dios mío, no puede ser mi niño. ¿Saben por qué decía yo que no puede ser mi niño? Porque uno sabe cuál es la educación que le ha dado a sus hijos, cómo los ha criado, hasta la alimentación juega un papel muy importante, cuáles son los principios que le ha dado a sus hijos, yo decía que no podía ser por eso, porque no, yo decía que mi hijo era una persona con mucha vida, con muchas ganas de salir adelante, entonces, no, no. Cuando yo volví en sí, mis hijas me tenían en mi habitación, en mi cama, entonces ya quedamos que al otro día veníamos a Medicina Legal a ver la foto del niño.

Nos vinimos de la casa como a las once del día. [Cuando] llegamos a Medicina Legal, mis hijos entraron, uno de mis yernos entró, yo me quedé sentada así lejitos, más o menos lejitos y llore y llore y llore. Ellos decían que sí, que era el niño, que sí que era el niño, que sí que era el niño. Yo les decía: ¿no será que de pronto es alguno muy parecido? Me decían: “no madre, es el niño”. Ya se estaba oscureciendo [y] yo dije: Dios mío, tengo que arriesgarme a ver qué fue lo que pasó con mi niño, a ver si es o no es. Porque tenía que estar segura, entonces me decidí a entrar. Yo creo que mis hijos ya le habían dicho a la doctora que yo estaba muy mal, entonces ella ya tenía un vasito de agua preparado ahí, quién sabe qué le echaría, no sé. Entonces llegó y me dijo: “siéntese señora”, yo me senté y me dijo: “tómese este vasito de agua”. Ella esperó a que yo me lo tomara todo y me dijo: “ya vengo”. Por allá se fue y al ratico volvió y me dijo: “señora, ¿cómo se siente?”, me tomó por los hombros [y yo] le dije: pues bien. Tenía que saber, tenía que ver. Entonces llega y mueve el mouse y salen dos fotos de mi hijo [doña María llora]. Yo miraba esas fotos y yo dije: Dios mío no puede ser. Más sin embargo yo le miraba que estaba torturado; la carita la tenía torturada, le habían pegado en los ojitos y en la carita, tenía todo reventado y le salía sangrecita, le había salido sangrecita. Entonces yo decía, ah y la ropa, es que a mí se me hacía tan raro: ¿por qué tenía una chaqueta de jean azul ovejera y una

camisa roja? Yo decía: pero ¿en tierra caliente este niño con esa ropa tan pesada? No me cabía en la cabeza, ¿por qué?, ¿cómo, cómo? Yo decía: ¡Dios mío, no!

Entonces cuando ya se acercó el CTI me dice: “señora” [pero] yo no les escuchaba nada; “señora ¿usted está segura que es su hijo?”, les dije: no, es alguno muy parecido. Entonces llegan y me dicen: “¿le hacemos un análisis de la carta dental?”. No sé qué más cosas me dijeron, pero esa prueba se demora tres días. Les dije: bueno. Él me dice: “si esa prueba llega a dar del cinco, menos, del cinco para abajo, es porque usted está segura que no es su hijo”. Cuando me iban a entregar esa carta yo guardaba la esperanza de que no fuera mi hijo, que fuera otra persona, bueno. Cuando abro la carta y me da el 10%. Se me acabó la vida completamente [doña María llora]. Porque dije: ya perdí la esperanza de abrazarlo y decirle: ¿por qué se había ido?, ¿por qué se había demorado?, ¿qué había pasado?, ¿sí?, ¿cuánto tiempo lo había buscado? Perdía todo.

Entonces salí de ahí, nos fuimos para la casa. En esos días había una reunión en la prisionería de Soacha, llegué y el personero y otra mujer fueron las personas que fueron mi paño de lágrimas, fueron las personas que me dieron mucho apoyo psicológico y de todo. Entonces me dijo la mujer: “hoy llegan otras mamitas aquí, va a conocer las mamitas, pues hasta ahora hay como seis no más, son como siete, ocho”. Cuando ya fueron llegando esas mamitas, fueron llegando [y] yo apenas las miraba; yo decía: todas estas señoras también en la misma situación que yo estoy. Yo pensaba dentro de mí: ¿qué película tan macabra es esta?, yo decía: es una película macabra. Entonces ya el personero dijo: “camine, vamos a la Alcaldía, porque hay una reunión en la Alcaldía”. Allí el Personero me ayudó para traer a mi niño, lo pude traer, pero la persona que se encargó de traerlo me lo trajo en las condiciones que no se traslada ni a un animalito, créamelo que no, no se traslada a un ser humano ni a un animalito, nada, nada, nada. Más, sin embargo, la gestión se hizo, traje a mi niño, fui por mi niño, duré un mes sin poder traer a mi niño, fue la cosa.

Yo me despertaba a la una de la mañana, a las once [de la noche], a las doce, bueno a diferentes horas me despertaba y yo me postraba al pie de mi cama y decía: Dios mío, Señor, ¿yo cómo voy a saber que lo que me van a entregar es el cuerpo de mi niño?, ¿cómo voy a saber yo qué es mi niño?, papito Dios, por favor, coloca a un ángel que me ayude porque yo no soy capaz, por favor, Señor. Entonces yo decía: ¿qué me van a entregar?, ¿unos huesitos? Yo creo que me van a entregar, porque ya tanto tiempo ¿qué va a haber? Y resulta que salí el 28 con mi compañera Luz Marina Bernal y con una de mis hijas, salimos el 28 de octubre a traer a mi hijo, salimos a las ocho de la noche y llegamos a Ocaña a las once y treinta

del día, ya casi a las doce del día, sin comer nada ni nada porque yo no quería comer nada, ellos sí comieron, pero yo no. Llegué allí y [alguien] llevaba una carpeta con los documentos de mi niño, y la persona que estaba allí llega y me dice: “¿usted viene por uno de los NN esos que se les enfrentó al Ejército y el Ejército obligadamente tuvo que matarlos?”. Yo pensé que hablábamos de personas diferentes, yo estaba hablando de mi hijo y él estaba hablando de otra persona ¿sí? Le dije no, vengo por Jaime Estiven Valencia Sanabria; llega y me dice: “ay, Señora, lo mismo da, es uno de esos guerrilleros, vándalos que se les enfrentó al Ejército y el Ejército obligadamente tuvo que matarlos”. Entonces yo le dije: ¿cuándo fue asesinado mi hijo?, llega y me dice: “el 8 de febrero a las tres y treinta de la tarde” [entonces] yo le digo: exactamente y si mi hijo fue desaparecido el 6 de febrero y asesinado el 8 de febrero ¿a qué hora mi hijo fue guerrillero? Entonces el tipo ya como que cambia, entonces dice: “a ver, señora, pues, como le dijera yo, lo que pasa es que es el reporte que dio el Ejército”. A mí [me] quedó sonando, el reporte que dio el Ejército, me quedó sonando, el reporte que dio el Ejército.

Bueno, a mi hija y a la señora Luz Marina sí les mostraron fotos, a mí no me quisieron dejar ver fotos, es más, yo no he visto fotos de mi niño ni nada de eso, únicamente las fotos que vi en Medicina Legal aquí en Bogotá. Entonces, ¿entonces qué?, de ahí salimos ¿cómo a las qué?, como a las casi diez de la noche salimos de la Fiscalía en Ocaña, salimos para Medicina Legal; yo estaba tan agotada, yo lo único que hice fue ir y sentarme allá en una silla. Entonces mi hija y la señora Marina y otros señores que estaban ahí, el sepulturero y todo eso se aglomeraron allá en un rincón, en donde estaban unos computadores, a mirar unos computadores. Yo dije: ¿qué será lo que están viendo?, entonces yo me paré, como sigilosamente, y fui a mirar así por encima; cuando yo alcancé a ver mi hijo estaba ahí [doña María llora], boca abajo, tenía un orificio, donde le pegaron un tiro de gracia, otro tiro que le pegaron recorrió todo el costado, entonces cuando ellos se dieron cuenta que yo estaba viendo, cambiaron la imagen rápido, pero yo sé que era mi hijo.

Entonces, bueno, quedamos de que el otro día íbamos arriba a la Vereda de las Muiscas a la exhumación. Fuimos a la exhumación, era como la una de la tarde cuando salimos de Ocaña. Íbamos saliendo cuando se cae un palo de agua, pero era que llovía, pero era que llovía terriblemente que en un momentico corría agua, ríos por todo lado. Entonces yo oía decir que si llovía no lo podían exhumar; entonces yo, ahí atrás, en el carro fúnebre, yo le decía: papi, papi, papi, que no llueva porque mira, si sigue lloviendo, papi, entonces no lo voy a

poder llevar, papa, hoy, ¿sí?, yo quiero llevarlo ya, papi. Y miren que subimos a la loma donde él estaba y es como si no hubiera llovido, y a los sepultureros les rindió cavar y cuando subió el fiscal dijo: “uy, hermano ¿ya acabaron?”. O sea, el niño, como que era que: vámonos rápido, vámonos, vámonos.

Entonces ya, en ese momento que sacaron el niño, sacaron tres cadáveres más, los colocaban en bolsas largas, así, en bolsas negras. Cuando ya sacaron mi niño lo colocaron a [un] lado y devolvieron los otros. Entonces ya lo destaparon y empezaron a echar químicos, no sé qué más, al ratico llamaron a mi hija que fuera a reconocer al hermanito, y entonces yo también me iba a ir, [pero] el CTI, cada uno me tenía por un lado, y me dijeron que no, que no fuera, que lo recordara como él era. Les dije: no, no yo quiero ir a ver qué es lo que me van a entregar a mí, yo quiero ver, yo quiero saber; dicen: “pero señora, es que mire que está muy mal”. No me importa, si quieren me les arrodillo, pero yo quiero ver, quiero estar presente, quiero ver. Entonces me dijeron: “bueno”. Yo me fui, cuando llegué a allá a buscar a mi niño, a mi niña le habían dado guantes, le habían dado tapabocas y a mí también me estaban dando guantes y tapabocas. Entonces mi hija le cogía la cabecita y le decía: “papito ¿qué fue, hermanito, hermanito, cuénteme que pasó, por qué [vino] aquí, por qué? Le preguntaba tantas cosas. Para mí fue tan terrible porque a mi niño no le faltaba más sino [algo de] la naricita, y le faltaba [una] parte de las orejitas, no le faltaba más. Estaba completo, completo, que todo el mundo fue como aterrado, ¿qué porque el niño estaba completo, que por qué? No entendían el porqué, que después de tanto tiempo el niño estuviera completo y su pielecita blanca, blanca, blanca. Entonces yo pedí agua, porque yo todavía no la creía, yo pedía agua y le limpié la piernita derecha porque ahí tenía un tatuaje y también le limpié la ceja, porque, ¿si ha visto que en la ceja tiene una cicatriz, una cicatriz? Entonces yo le limpié la cejita como para estar más segura. Bueno, y nos vinimos, trajimos a mi niño, salimos de allá a las cinco de la tarde y por toda la carretera esa noche llovió, llovió y llovió tanto que llovió y llovió y llovió. Llegamos aquí a Bogotá, llegamos casi a las doce, ya iba a ser la una de la tarde; es que es lejísimos, son dieciocho horas de aquí allá, o sea que iban llegando y los iban matando de una vez.

Yo a veces me pregunto [por la justicia]. Porque miren, yo el año pasado he estado muy enferma y parte de este año he estado también muy enferma, no sé, de verdad, verdad mi salud se ha desestabilizado en un 100%. Yo a veces digo, yo duré casi un mes que no me podía levantar de la cama, yo me iba a levantar y las piernas no me servían, yo decía: Dios mío, hasta aquí llegué, yo decía: papito Dios, por favor, ayúdame, dame fuerzas porque tengo que seguir trabajando, tengo muchas

cosas que hacer, Señor, permítame. Yo a veces siento como que el hálito se me va, yo a veces digo: carajo, que voy a hacer, la única esperanza que tengo es Dios, no más y las personas que me acompañan, que me ayudan, que por parte de ellas también puedo seguir denunciando, seguir contando, para poderle contar a muchas personas que no saben lo que está sucediendo o que muchas veces no quieren saberlo. Miren, yo lo primero que hago cuando llego a una universidad o a un colegio, yo lo primero que les pregunto, saludo y les digo: mis amores ¿ustedes saben porque estamos aquí?, ¿qué es lo que estamos haciendo o de qué se va a hablar? No. Entonces yo les digo: bueno ¿ustedes conocen de las madres de Soacha, conocen de las ejecuciones extrajudiciales, conocen de los «falsos positivos»? Uno que otro me dice sí, otros me dicen no, la mayoría siempre [dicen] que no conocen, que no saben. Entonces para mí, a mí me da mucha tristeza y temor. ¿Por qué?, porque veo que hay mucha gente que esta vulnerable y yo no quiero que esto vuelva a suceder, que esto que no debió haber sucedido nunca en la vida vuelva a suceder, sería terrible.

[Este año también] quisiera hacerle un cumpleaños a mi niño, el cumple años el 10 de agosto, para hacerle como algo a mi niño entre todos ¿no? Yo siempre le celebro los cumpleaños a mi niño, yo llego siempre y le compro una tortica [y] le coloco la fotico.



“Pero ustedes señores del tribunal, viven en un mundo de cristal.”

Foto de archivo del proyecto.

Yo no puedo hablar solo de mi niño, no puedo hablar solo de él porque, como ya le digo, son más de 6800 ejecuciones extrajudiciales. Entonces, miren, se creó esa obra teatral que tenemos ahora que ha sido “Antigonas: tribunal de mujeres”, en conjunto con las actrices, también con el director. Pero, en sí, lo que presento, lo que cada uno de las madres presenta o lo que cada una de las víctimas presentamos en las tablas, es iniciativa propia. Porque yo, por ejemplo, yo me ingení colocarme a Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos en mis zapatos, ¿sí?, para decir, para contar por qué estoy ahí: porque Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos son los culpables de tanta sangre derramada y que yo, pues, con el arte y con la lucha que tengo, no descansaré hasta encontrar justicia, que eso yo lo digo [en la obra].

¿Quieren saber qué fue lo que sucedió, qué es lo que sucedió, lo que aún sigue pasando? Porque esto no ha parado, no termina, ahí seguimos porque los desaparecidos, todos los días, se ven en los postes... desaparecidos, desaparecidos en los letreros, de 15, 18 años, 20 años, mujeres, hombres. Entonces yo digo: ¿hasta cuándo? Por ejemplo, en el mandato de Álvaro Uribe Vélez son más de 6800 ejecuciones extrajudiciales siendo ministro Juan Manuel Santos. Miren que en ese momento nosotras pensamos, o yo pensé, que bueno, [que] Santos no hacía nada porque era el Ministro, porque no tenía el poder ¿sí? Pero nosotras dijimos: “cuando sea presidente ese hombre nos va a hablar, ese hombre va a querer hacer algo”, y aquí estamos esperándolo. Al contrario, miren, no hemos hablado de las ejecuciones extrajudiciales que ha habido en el mandato de Juan Manuel Santos, que son casi ya 400 ejecuciones extrajudiciales que ha habido y mucha gente no lo sabe. ¿Por qué? Porque a la gente le da miedo hablar. Pero si estamos con miedo a todo momentico nos van a seguir jodiendo la vida y eso es lo que no queremos, porque miren, si nosotros nos quedamos callados vamos a ser permisivos [y dejar] que esto siga sucediendo. Y ¿saben qué?, nos volvemos hasta cómplices y eso me entristece, no puede ser, no nos podemos permitir eso. Y eso sin hablar de las fosas comunes, sin hablar de los que han tirado al mar, sin hablar de los que han picado, sin decir nada tampoco de los que han echado a los cocodrilos y cuántas cosas más; cuántas violaciones a niños, niñas, mujeres y hombres y todo queda en silencio.

Ahora, se habla de los grupos armados, pero es que en Colombia o en todas partes tenemos dos grupos armados, [uno] que es el legal y [otro] el ilegal. Y resulta que el legal es el que comete más atrocidades, el que viola los Derechos Humanos, el que viola a niños, niñas, mujeres y hombres, el que peor torturas comete; mejor dicho, las peores atrocidades que cometen, es el legal. Porque miren, estoy consciente de

algo muy importante, que yo lo sé porque uno habla con la gente y uno escucha y uno ve. Por ejemplo, las guerrillas están comprometida con todo esto, o sea, ellos quieren la paz, lo mismo que todos nosotros los civiles queremos la paz, pero el que no quiere la paz es el Gobierno, es el Gobierno y yo quiero dejarlo claro. Miren, en el 2012 Juan Manuel Santos salió a hacer un recorrido por Alemania donde fue hablando que estaba muy comprometido con la paz, [pero] a él no le interesa la paz y eso ustedes y yo y todos lo sabemos: que a él no le interesa la paz, a él le importa el premio de la paz, más no la paz. ¿Por qué? Yo lo digo así y lo siento así porque miren: cuando nosotros hacemos los plañones, cuando los niños estudiantes hacen los plañones, cuando el campesino sale a exigir también sus derechos, ¿qué es lo primero que hacen?, envía la policía, al Esmad, al Ejército para que arremetan contra todos nosotros. Que si hay heridos, eso está perfecto, que si hay muertos, muchísimo mejor, muchísimo mejor. Porque con eso los otros tienen como experiencia, ¿sí?, ver que si hablan se acabó, que si hablan ya saben que les corre pierna arriba: los matan.

Entonces eso es lo que el Gobierno quiere silenciar, pero aquí no podemos silenciarnos, no podemos callarnos, no podemos ser permisivos, créanme que no. El [presidente] habla muy para otros países y ahora ¿sabe qué me incomoda tanto y me da tanta rabia?, que ese tipo haya sido nominado al premio Nobel ¿Nobel de qué, juemadre, Nobel de qué? Esa es mi pregunta: ¿Nobel de qué? ¿Por qué? Porque es que nosotras las víctimas somos los que estamos tejiendo la paz, nosotros ¿él que? O sea que el premio se lo lleva él a costillas de nosotros, a costillas de nosotros también. ¿Saben por qué? Porque dicen que todos los que van matando son guerrilleros, y son nuestros hijos, no tienen nada que ver con esta guerra absurda. Ahora, ahora miren, cuánto tiempo llevo y no he podido encontrar justicia para mi niño, para el caso de mi niño, así como de muchas víctimas más. Por ejemplo, mi niño, ya ocho años pasados, y este es el momento que no he tenido la primera audiencia para mi hijo: ¡no sé qué es una audiencia para mi hijo, no sé!

El 10 de noviembre tenía la cita para tener la imputación de cargos, la imputación de cargos. Llegamos y de esos doce que están llamados por la muerte de mi hijo solo fueron tres, tres que están libres, los otros, orgullosamente, están detenidos por ejecuciones extrajudiciales de Soacha y de otras partes de Colombia. Yo lo digo “orgullosamente” porque como son los héroes de la Patria, juemadre, orgullosamente están detenidos. A ver, y mi fiscal, llevaba conmigo siete años, un fiscal maravilloso, un fiscal que, juemadre, investigaba por allá, por acá, conocía el caso al derecho y a revés. Él pidió una sala donde quedara todo registrado y resulta de que él dice

—porque los militares alegan que ellos no fueron porque no estaban citados—: “no, aquí todo el mundo estaba citado, todos fueron citados, el que no quisieran venir, ¿saben una cosa?, les voy a dictar orden de captura inmediata”. Y, para más dilaciones, me cambiaron mi fiscal, me cambiaron mi fiscal. ¿Eso que me da a mí a pensar? Que el mismo Estado me niega la oportunidad de encontrar justicia para mi hijo, el mismo Estado me lo niega, lo digo claramente: ¿por qué cambiaron el fiscal, por qué cambian los jueces? Eso se llama impunidad.

Entonces yo me pregunto y les digo yo a ustedes, les cuento: ¿cuánto más tengo que esperar, para que haya imputación de cargos, para que haya audiencias, para que haya justicia, será que me muero y no voy a ver justicia?

Bueno, y no crea que solo me duele [mi niño], también me duele la gente uniformada, todos me duelen. ¿Por qué? Veán, los muchachos que están matando, pobres matando más pobres, son campesinos matando a más campesinos, son, como dice el dicho, gente que no hemos tenido oportunidad del acceso a una educación matando a otros ignorantes también, entonces, Dios mío, yo me pregunto ¿a dónde vamos a parar? Porque el Gobierno no es generador de educación, de vivienda, de salud menos, de nada, entonces aquí no hay un Gobierno garante de nada. Entonces lo primero que hacen es echarle la culpa a la guerrilla que porque ha reclutado muchachos, que ha reclutado muchachas, niños, niñas. No, lo que pasa es que, como ellos mismos dicen: “nosotros nos hemos ido porque no hemos tenido nada más que hacer, no hay nada más que hacer”. ¿Un empleo?, que por falta de experiencia; ¿un empleo?, que por muy joven, que por falta de educación. Entonces, ¿dónde le van a dar educación?, ¿dónde le van a dar un trabajo o algo? Entonces ellos recurren y se van por allá, no es que la guerrilla se los lleve. ¿Entonces? Yo sí quiero decir y dejar en claro que es muy importante que exijamos educación, educación, lo más importante es la educación: educar al pueblo. ¿Por qué? Los gobiernos nunca les ha importado la educación al pueblo, ¿por qué?, les da miedo, les da miedo y les da temor, porque siempre quieren seguir mandando los mismos, los mismos cochinos, marranos sucios. Porque aquí al pueblo lo ha dejado pobre las corbatas, las malditas corbatas han empobrecido al pueblo, de verdad que sí.

Entonces, bueno, [después de que apareció el niño] ya empezamos a hacer las denuncias con las otras mamitas, empezamos a hacer la denuncia; y ya empiezan las amenazas también, porque yo denuncié de una vez, como dice el dicho, yo no sabía qué era una ejecución extrajudicial, qué era un «falso positivo», yo no sabía nada de eso, ni por qué lo habían matado. Sabía que fue el Ejército, porque mi

Fiscal me dijo: “pues lo mató el Ejército”. ¿Sí?, eso era lo único que sabía, pero no sabía más nada, que era por lucrasen. Entonces el Personero empezó a llamar a los medios de comunicación nacionales e internacionales, de todas partes. En esa denuncia, ya el 7 de marzo, que era un sábado, pero el 7 de marzo, es un sábado y el 6 de marzo que era cuando yo iba por mi nieta al colegio, cuando yo salí de la casa y me fui por ella, y cuando ya había caminado dos cuadras e iba para la tercera cuadra yo escuché una moto, pero pues una moto a mí qué me importa ¿sí? Yo seguí caminando, cuando veo es que la moto sale a la esquina y se viene directamente hacia mí, todavía no caía en cuenta, cuando ya se baja, saca la llanta hacia allá, se baja el parrillero, me toma por el cabello y me pega contra la pared y me dice: “usted vieja triple —no sé cuántas cosas horribles me dijo— se queda callada, no diga nada, no denuncie ¿o es que quiere quedar como quedó su hijo, con la geta llena de moscas?”. Mire, le cuento que es como cuando a uno lo alzan y como que lo estrellan, mejor dicho, uno no sabe qué es lo que está sucediendo, uno lo único que se acuerda, por allá, es como de la familia, mejor dicho, como que trata uno como de despedirse de ellos, eso es lo que yo sentí en ese momentico. Yo dije: aquí me morí. Cuando ya volví en sí, es como si me hubieran dado un estartaso contra el suelo, la moto daba la vuelta, pero era una moto azul oscura que no tenía placas.

De ahí para allá siguió la amenaza, por teléfono, por panfletos debajo de la puerta, una cosa, otra, al celular. El 22 de junio me llegó al celular un mensaje que decía: “mamita, te quiero mucho. Atentamente: cadáver ya”. Una forma de burlarse de uno y todo eso. Y bueno, y fueron muchas las amenazas. Entonces Amnistía Internacional, es una organización que ayuda a diferentes víctimas y de todas partes del mundo, entonces ellos fueron informados de lo que estaba sucediendo con nosotras, [y] quisieron conocer los casos y todo eso. Entonces nos invitaron a la señora Luz Marina Bernal y a mí, a la señora Luz Marina Bernal porque su niño es un niño de una discapacidad de un 90%, y [a mí por] mi niño, por ser un niño de 16 años. Nos llevaron a hacer una gira lo que fue por España, Alemania, Bélgica, Holanda, Dinamarca e Irlanda, donde en ese momento se estaban denunciando únicamente 3183 casos, pero nosotras decíamos que eran muchísimos más; sino que la gente no se atrevía a decir, no se atrevía a contar, les daba miedo. Entonces, nosotras decíamos que si por la denuncia que nosotras estábamos haciendo tan amplia, cuando llegáramos aquí a Colombia, pues, si ya habíamos sido amenazadas, nos iban a matar, entonces, que si alguna cosa nos llegaba a suceder era el Estado, porque nosotras no tenemos enemigos. Además, es el Estado el que

nos considera sus enemigas, porque nosotras estamos reclamando lo nuestro y dicen que somos terroristas, para el Estado nosotras somos terroristas.

Bueno, entonces ya llegamos aquí a Colombia, pararon un poquito las amenazas, entonces ya empezamos a trabajar en ciudades, en departamentos, empezamos a trabajar en Bucaramanga que eran ocho familias en ese momento. Allí, cuando nos escucharon, escucharon nuestra voz, ellos decían: “oiga, ¿y a ustedes no les da miedo hablar, no les da miedo contar?”. Pues sí, nos da miedo, pero tenemos que hacerlo, no podemos permitir que esto siga sucediendo, tenemos que poner a mucha gente en alerta. Entonces nos decían: “no, pero carambas, es que no podemos”. No, tenemos que hacerlo, ¿o es que vamos a ser cómplices?; no, no podemos ser cómplices. Entonces la gente se ha animado, donde quiera que yo iba les decía, entonces la gente se ha animado tanto a hablar, a decir, ya como que pierden el miedo y, hoy en día, estamos hablando de esa cifra tan alta y eso que todavía hacen falta muchísimos más.

Cuando fuimos a la gira [con Amnistía Internacional] era en el 2010, ya teníamos una preparación más o menos, no tanto, ¿sí? Pero en el colectivo de abogados Alvear Restrepo ellos nos habían dado varios diplomados, entonces eso fue las armas que tuvimos nosotras para poder ir, las armas que hemos tenido nosotras para poder defendernos.

Aquí en Colombia, por ejemplo, lo que está pasando por allá dónde están los campesinos y los indígenas que los han matado esta semana, mataron como cuatro o seis. No, la gente sigue, sigue el mundo, rueda igual. Pero es que es aquí en Colombia, a todos nos tiene que doler, a todos nos duele. Miren que a veces, de pronto, he hecho caer en cuenta a otras personas, a otras mamitas también, porque uno muchas veces se enceguece y, pues, de la rabia, lo que hace es pensar mal. Sí, obvio, lo que pasa es que cuando mataron esos doce soldados, los llevaron y los pusieron de carne de cañón, por Dios, ¿Cómo puede ser eso?, ¿cómo los pueden llevar de carne de cañón a exponerlos a matarse unos con otros? Y la gentecita, las mamitas del campo, ellas creen que fue que su hijo si murió en combate y ven a la guerrilla como si fuera lo peor. ¡No, no! Porque la guerrilla lo que ha hecho, desde hace mucho tiempo, es trabajar y buscar el bienestar del pueblo. Pero [las mamitas] creen eso, porque eso es lo que venden los medios de comunicación; a mí me duele tanto. Yo decía: Dios mío, pobres mamitas, sus policías, sus soldados, lo que sea, jueputa, eso duele. A mí me dolió muchísimo. Otra cosa, [es] que les entregan los cadáveres, pero ellas no saben qué va ahí dentro de eso: ¿sí es el cadáver de su hijo?, ¿por qué no se los dejan ver?,

¿si será o no será? Eso duele mucho, sea lo que sea, eso duele mucho, sea del bando que sea y nosotras las madres somos las que lloramos a nuestros hijos, ¿ven?

Yó en una parte [de la obra] digo: “pero ustedes, señores del tribunal, viven en un mundo de cristal”. [Al director de la obra] le gustó mucho. O sea, eso me lo ingenié yo también para decirles: es que la gente vive en un mundo de cristal. Pero no se han dado cuenta, y no saben, la gente que vive bien y que nunca le ha pasado nada, no saben que los de fulana [y] de sultana están cinco metros bajo tierra, no saben por lo cual está pasando uno. Así me pasaba a mí, por ejemplo. Mi niño fue asesinado el 8 de febrero y yo creo que el 12 o el 11, el 11 como que fue, salió en las noticias que le habían dado de baja a tres muchachos, que tres guerrilleros, yo ese día dije: ay, Dios mío, pobre gente, les están dando duro. Pero yo lejos de imaginar que era mi hijo.

La gente está ciega, la gente no sabe de lo que está pasando aquí en Colombia, porque, precisamente, los gobiernos juegan un papel muy importante y los medios de comunicación, igual. Porque los medios de comunicación todo lo que uno les dice, en las noticias, las llegan y las trasversan; entonces hacen lo que quieran: las noticias las presentan bien maquilladas y bien bonitas. Vea, cuando nosotras empezamos a denunciar en el 2009, en el 2008, parte del 2008 y el 2009, decían las compañeras, o sea, ellas me preguntaban y nos preguntábamos unas con otras, que cómo íbamos a denunciar, que cómo íbamos a decir, que tocaba como maquillar las palabras. ¡Maquillar, no! Yó les decía: no compañeras, aquí no hay nada que poner bonito, así como lo dejaron, así hay que decirlo, así hay que denunciar. ¿Feo lo dejaron?, pues así hay que hacerlo, ¿ven compañeras?



“Aquí hay otra forma de denunciar, de decir, de contar los hechos.”

Foto de archivo del proyecto.

En el teatro ya llevo siete años, ha sido una forma muy bonita de denunciar. Se creó esa obra teatral que estamos trabajando ahorita que se llama “Antígona: tribunal de mujeres”; claro que en esos siete años hemos trabajado en performance, en varias obras de teatro. Al principio fue bastante duro, porque uno pararse al frente de un público grande a contar, a decir, prácticamente, su historia, no es tan fácil. Además, hay mucha tristeza, hay mucho dolor en nuestro ser, en nuestra vida, en nuestro corazón; y no crea, cuando uno está hablando directamente de las cosas, uno

se olvida del público y únicamente se concentra uno en decir, en contar quiénes eran sus hijos, quién era esa persona que hoy en día no está conmigo, con nosotras. Yo hablo de nosotras porque somos muchas madres que hemos perdido nuestros hijos.

En el 2009 Patricia Ariza fue una persona que Dios colocó en nuestro camino y que nos invitó al teatro, pero yo jamás me imaginé que era para que hiciéramos teatro. Yo me imaginé que iríamos a denunciar, de pronto con fotos. Cuando ya empieza ella: “vea, hija, aquí vamos a denunciar, vamos a hacer arte, ustedes empiezan a contar partes de su historia porque van a presentarse delante de un público”. Y yo: ¿ante un público?, no puede ser, Dios mío. Empezamos a trabajar a puerta cerrada, ella decía: “vea, ustedes tienen que empoderarse, ustedes tienen que, sin miedo ni nada de eso, decir lo que sienten para expresar lo que están sufriendo por la pérdida de sus hijos, ¿quién fue?, ¿por parte de quién?”. Tenemos que abrirle, como dice el dicho, los ojos a más gente que tal vez no quiera decir nada, que no quiera contar, porque esto hay que contar, el mundo se tiene que enterar.

Bueno, el caso es que, en el 2009 fue cuando fue con Patricia lo del teatro. Porque en el 2009 fue cuando Álvaro Uribe Vélez se paró en los medios de comunicación y dijo que ya no más pantalla para las lloronas de Soacha, que ya los medios de comunicación estaban prohibidos. Bueno, pues [el teatro] es otra forma de denunciar y vamos muy bien, ese es el camino. Como yo ya les dije anteriormente, [Patricia] me decía que tranquila, ella me dijo: “vaya y dígale a sus compañeras que aquí hay otra forma de denunciar, de decir, de contar los hechos”. Yo fui y las reuní y les dije. Al principio vinieron como unas cuatro o cinco, nos acompañaron a varios performances, [pero] después dijeron: “ay no, lo que pasa es que nosotras no somos payasos de nadie”. Empezaron una por allá, otra por acá, porque ellas no quisieron recibir la preparación que nos diera Alvear Restrepo, que estas personas nos dieron, como dice el dicho, nos dieron lo del transporte, nos daban la comida y todo eso; pero entonces, después se pusieron a pelear con nosotras porque nosotras salíamos, nos invitaban, nos llevaban, ¿sí? [Decían] que era que nosotras donde quiera que íbamos recibíamos mucha plata.

Entonces, como ya les dije, el teatro es una forma de denuncia muy bonita y que muchos jóvenes le atinan también a eso. Pero yo también quiero decirles a ustedes, que ustedes los jóvenes, las armas que les estamos dando deben utilizarlas al máximo porque yo me doy cuenta que el camino, ya sea con el arte, con lo que sea, con la denuncia, con lo que sea, estamos haciendo un camino, es un callejón bien ancho para que los que vienen atrás, así no nos conozcan, ni

nada de eso, puedan transitar, como dice el dicho, con un espacio. Pero si ustedes los jóvenes se dejan quitar ese camino que ya está hecho, ya va ser difícil volver a eso, otra vez a bregar medio abrir ese camino. Entonces, el arte es fundamental en todo sentido, en todo sentido. Para mí ha sido el máximo para poder decir, para poder contar, para poder llorar, hasta para poder reír, poder tener muchas amistades, poder denunciar, poder contar, de todo.

[El teatro me ha ayudado] muchísimo, muchísimo, porque en el recorrido que yo llevo también he dejado mucho dolor a donde quiera que yo he ido, porque contando todo esto, yo lo digo. ¿Saben por qué?, porque mire, en Estados Unidos, el año pasado, cuando fuimos, uno está trabajando pero se da cuenta cuál es el sentir de la gente y uno ve que la gente llora. Entonces, después de cada charla hay un conversatorio donde ellos nos preguntan el porqué de la forma de actuar [de] nosotras, de la forma de denunciar, de la forma de hacer el teatro, el porqué. Entonces nosotras les decimos que son los utensilios de nuestros hijos y que es lo que se vive aquí, el día a día, que es lo que el Estado nos ha quitado, que nos ha negado. Entonces ellos decían: “caramba, nosotros tan ciegos y no nos damos cuenta de lo que está pasando en nuestro vecino país”. ¿Sí? Decían: “por favor, señoras, vean, les suplico de corazón, por favor perdónenos, pero es que aquí llega el vicepresidente, el presidente o el ministro, se les pregunta que qué de las ejecuciones extrajudiciales, [y dicen] que son unos cuantos casitos aislados, que eso no le paren bolas, que qué de los «falso positivo», que son falsas denuncias que las madres hacemos”. ¿Se atreven a decir eso?, por Dios santísimo. Ay, Dios mío.

Pues, [para denunciar], todo vale, desde que se trate de denuncia todo vale. Pero es mejor con el teatro, también. Porque, Dios mío, ¿cómo le digo yo?, es una forma también de dejar huella, también es historia la que dejamos nosotras, también otra forma de decirle a otras personas que se animen, que ahí estamos todos, que vamos, que no tiene que darnos pena de nada. Porque yo digo que también hay muchos casos en la impunidad, que no se ha hablado ni la primera vez siquiera, que son violaciones de mujeres, de niñas, de hombres, de masacres, de asesinatos, ¿qué más cosas puedo decir yo? No se conocen por pena, las violaciones de las niñas, de las mujeres no se conocen por vergüenza también, porque, ¿qué dirán? Entonces uno se queda callado, pase lo que pase que siga sucediendo porque me van a señalar. ¡No, ni mierda, no, no! Que digan lo que quieran, como dice la canción “que venga Dios y lo vea”. ¿Ustedes han escuchado esa canción, “Hijo de Ramera”? Escuchen esa canción, anótenlo y verán. Me

fascina esa canción porque es una niña tan niña que se fue a bañar en la orilla del río en una alberca y los tres jóvenes estaban poniéndole cuidado y fueron y la violaron. No les cuento, para que la escuchen.

Entonces, yo digo que una cosa con otra nos ha ayudado muchísimo. Porque, hay una cosa que yo tengo que decirlo, no lo puedo callar, porque yo no estoy en esta posición sola, ha sido por la ayuda de todos ustedes, porque yo sola no soy capaz; con la ayuda del teatro, de mucha gente que está alrededor mío, de mucha gente que nos ha querido escuchar.

Esa obra de teatro es una creación conjunta, pero como ya le dije, cada una tenía una [historia]. Yo quería ser la loca, pero a mí no me dejaron ser loca, porque era que yo tenía ya mi atuendo, una falda larga y más o menos como vestirse uno, ¿sí?, como bien. Porque soy la loca, que llevaba un costal, entonces me dijeron que costal no, que eso se veía feo [doña María ríe]. Al principio, en los ensayos, sí se hizo, entonces dijeron que no, que no quedaba bien, que dejara el costal aparte, que mejor el vestido común y corriente, porque yo usaba ese vestido, un vestido de una loquita y de pronto me lo subía más y sin peinar, bueno, así como siempre salgo, sin peinar [risas]. Pero, ¿pero qué?, con un costal y ahí llevo los tesoros de mi niño, para mí son grandes tesoros que yo llevo en mi maleta: el tesoro de las moñas que él tenía, el tesoro de sus juguetes. Entonces el querer contar con todo eso le enseña a la otra gente que cualquier elemento, lo más chiquitico que sea, sirve para denunciar, sirve para contar quién era, por qué él lo tenía o por qué lo tengo yo, por qué lo usaba él o por qué lo uso yo ahora. Vea, hay una niña que a ella le mataron su hermana y ella dice que no tiene ni lo más mínimo que es una foto. Entonces ella dice que para ella es muy duro, qué dónde va a encontrar. Nosotras le decimos que vaya a lo de las cédulas, a toda esa cosa, a ver si de pronto encuentra una foto, alguna cosa, algo se tiene que encontrar; ella anda muy triste porque no tiene nada con que denunciar, foto ni nada de eso.

El compartir con las actrices también [nos ha ayudado], porque nosotras hemos aprendido mucho de las actrices, y ellas dicen que también han aprendido mucho de nosotras. Eso ha sido muy bonito porque tenemos una relación muy buena con todas, en el escenario y en todas partes ya somos una familia, ya nos sentimos, bueno, aquí esta fulana de tal, aquí esta sultana, aquí sultana. Entonces uno ya como que sabe el tiempo que tiene que estar ahí, sabe el tiempo que tiene que estar ahí, sabe que es lo que tiene que hacer y la persona que está ahí sabe qué me sigue, que me toca hacer y todo eso. A veces uno se timbra, ¿no

crean?, a veces uno se timbra. Miren que el año pasado me sucedió un chasco, pero tremendo chasco, oyó, juepucha. Yo dije: mierda y ¿ahora qué?, no, y había arto público. Imagínense, sin la foto de mi hijo, se me quedaron las dos fotos de mi hijo, ¿ah?, ¿y yo qué podía hacer? Yo no podía devolverme, [decir] espéreme que es que se me quedaron las fotos, espéreme que ya vengo. No, ni mierda, hijueputa [risas]. Yo cuando hice eso, yo dije: ¡Señor, listo! Entonces [cogí] la trucita esa que tengo [de mi hijo] entonces yo dije: esta es la trusa con la que mi hijo no sé qué, ta, ta, ta y nada de fotos. ¿Cómo sería que ni el director se dio cuenta? Yo creo que fue que lo convencí, porque yo pensé que él me iba a hacer algún reclamo, y no, yo esperaba que me cayera; ¡qué!, no me cayó nada. Antes me dijo: “Mariita, ¿cómo así?, yo no me di cuenta, pero entonces supo hacerlo muy bien porque no se notó”. Entonces yo, cuando ya que me acosté, [y] ya siento que mi compañera viene, entonces yo [le dije]: la trusa, la trusa, que la foto se me quedó [risas]. Ay, gran hijuemadre vida, es que le pasan a uno unos chascos. Pero le cuento que es que a veces me da una puta risa, entonces, después para bregar a ver cómo me pasa esa risa es como jodido, ay, Dios mío. A uno le pasan unos cacharros y uno queda, ¿pero, qué paso aquí?, ¡despierta!

[En el teatro] sí, sí, sana uno mucho. Pero yo escuchaba a mi mamita: “ah, es que el tiempo lo borra todo”. En este caso, sí se equivocaron demasiado, porque el tiempo no borra nada. ¿Por qué?, porque es vida de mi vida, sangre de mi sangre, carne de mi carne y en mi corazón o en cada madre ha quedado un espacio vacío que ese espacio no lo llena nadie. El teatro es sanativo, por supuesto que sí, es sanador, en mi caso personal, pero a veces sale uno y sale más vacío todavía. Hay muchas cosas, hay muchas cosas que sólo nosotras las madres podemos entendernos. ¿Cómo les digo yo?, miren, yo a veces, a veces cuando voy a una charla, a una universidad o a alguna parte, yo les digo, yo empiezo hablando como hablo aquí siempre, con ánimo y todo eso, pero entonces ya llega un momento de que me quebranto, entonces yo les digo: por favor discúlpennme, pero lo que pasa es que es mi hijo y por más que pasa el tiempo en mi corazón hay un vacío que nadie lo llena, nadie lo puede llenar. Entonces, es sanador el teatro, es sanador el arte y todo eso, para denunciar es maravilloso. Pero, miren, algo irónico de la vida es que, en lugar de pasar el tiempo, ir pasando y también de ir sanando, ir como planchando todo eso, no nada. Se vuelve uno como más vulnerable, ay, a todo momentico.

“La paz tiene que ver con el arte también.”

La paz tiene que ver con el arte también, pero miren, como yo la veo, todos anhelamos la paz. La paz es todo, encierra muchas cosas, mucho de lo que no se puede decir. Pero lo que yo sí estoy segura es que la paz no se puede firmar encima de la mentira, encima de la impunidad. Miren, para hablar de paz es difícil, por ejemplo, hablemos de la escombrera de Medellín: ¿cuántas personas hay debajo de esa escombrera?, ¿cuántas madres están vivas aun esperando a sus hijos o que saben que están ahí?; y en el Departamento no hay una persona que diga: oiga ya, paren, basta de tirar esos escombros ahí para que estas personas puedan retirar los cuerpos de sus seres queridos. Entonces, si no hay paz en ningún corazón, ¿dónde está la paz?, si la paz tiene que empezar por el corazón de cada uno de nosotros.

Otra cosa, a mí me preguntan que si a mí me repararan, porque la reparación supuestamente es algo maravilloso, pues para mí no, para mí no. ¿Saben por qué? Porque re, re-paración no existe. Miren, a mí el daño ya está hecho, ¿de qué reparación hablamos? Ustedes tienen un espejito, mírense en el espejito, como se ven de bonitas y todo, después rómpalo y trate de armarlo como estaba y mírense a ver si se ve lo mismo. Entonces, ¿de qué reparación hablamos? A mí me dicen de que ¿si a mí me pagan mi hijo dejaría de luchar, dejaría de tanto joder?, pues no, porque es que para mí a mi hijo no me lo van a pagar, a mi hijo no me lo pagan ni con todo el maldito oro del mundo, no me lo pagan, porque es que yo a mi hijo no lo parí pensando, juepucha, yo paro a mi hijo y de aquí a mañana cuánto puedo pedir por él. Yo no o ninguna madre, ninguna madre por supuesto que no pare a sus hijos para negocio. Me dicen que si yo perdono. ¡Yo qué tengo que perdonar, yo no tengo nada que perdonar! ¿Saben por qué?, tal vez, cada quien tenga una forma de pensar diferente pero la mía es esa: yo no doy la vida el que da la vida es Dios, por lo tanto, pídanle perdón a él no a mí, yo en mi corazón, yo veré. ¿ustedes qué dicen estará mal?

Entonces hemos sabido jugar también con el arte, es una forma de jugar con el arte. Es bonito, es chévere. Entonces yo por eso recomiendo el arte y escribir también es bueno, aunque yo no lo hago mucho, pues, porque como no veo, a mí me da mal genio escribir porque no veo, entonces no escribo, pero voy a leer y no, entonces eso me da mal genio. En un tiempo me gustaba mucho leer y todo eso, yo era cleptómana, libro que veía que me gustaba, tin [risas]. Sí, yo era cleptómana [con]

los libros. [Pero] ahora no, ya digo: ay, tan bonitos, [y] ahí se queda porque mis ojitos ya no quieren leer, no quieren leer ya. ¿Qué más le cuento? Conocer mucha gente también que hace arte, le dan a uno muchas lucecitas, o como sucede también, he conocido mucha gente de la televisión, muchos teatreros, artistas de otros países. Entonces se siente uno identificado, yo me identifico mucho con el teatrero.

El arte ha jugado un momento muy importante porque también he podido hacer varias canciones, tengo muchas canciones que he compuesto. Pues la que más he cantado es una que tengo de denuncia a Álvaro Uribe y a Juan Manuel Santos, que habla de todo lo que fue y lo que es, nada más que la verdad. La de Álvaro Uribe Vélez, se llama: “La democracia de Uribe”; porque yo pensé que la democracia era algo bueno para todos y resulta que son asesinatos, barbaries y todo eso, ¿qué triste no? La otra se llama: “Adiós sin despedida”. Es una canción que habla de cómo la tierra, las piedras, el viento, la luz, el sol, todo, están cansadas de la sangre derramada, de los gritos de los torturados, también habla de cómo nuestros hijos están en el cielo, pero ellos allá se dan cuenta de cómo las madres sufrimos aquí, pero codean a papito Dios y le dicen que por favor nos dé fuerza para seguir adelante, que también han quedado ellos como tatuajes en nuestro corazón porque nunca se podrán borrar de ahí.

Bueno, una partecita chiquitita es que mi niño un día tenía una ropa en jabón, yo le dije: papito, lave esa ropa que empieza a oler a feo — que después de dos o tres días la ropa empieza a oler a feo—, entonces yo le dije: papi, lave esa ropa, por favor, porque empieza a oler a feo. Entonces dijo: “ay, mi mami sí, ahí la lavo”. Después se puso todo simpático, todo lindo, todo elegante. Al rato pasó un amigo y le dijo: “camine, chino, me acompaña a hacer un viaje”. “Mami, mami, ya vengo”, yo no le conteste, yo estaba lavando una loza; cuando me di cuenta fue que se devolvió y me agarró por la espalda y empezó a jugar conmigo y a decir: “mami, mami, ¿está muy bravita, sí?, ¿no me va a decir que Dios me bendiga?”. Entonces le dije: bueno, papito, chao, que Dios te bendiga, hijito de mi alma. Porque él siempre se sentía bien despedido cuando uno les dice que Dios los bendiga. Es muy importante para todos y todas, no el hasta luego ni el adiós tampoco y, como decía mi madre: “que Dios los acompañe, que Dios los lleve y vuelva y los traiga”, eso es importante porque uno nunca sabe si se puede volver a ver con ellos o no. Entonces, una canción que le hice a él, a mi niño, pero esa casi no la he podido cantar porque no soy capaz. Voy a cantar la de Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos, y dice así [doña María canta]:

*“Señoras y Señores,
yo vengo a contarles la historia de los muchachos de Soacha
que fueran asesinados en el año 2008,
en el mandato de Uribe y su ley de democracia.
Los llevaron para Ocaña con propuestas de trabajo,
lo que ellos nunca supieron, que fueran víctimas de Estado,
siendo Ministro de Defensa el hoy en día presidente Santos.
El Gobierno los llamó los «falsos positivos»,
como los muertos ya no hablan, es un negocio bien lucrativo.
Norte de Santander se bañó con sangre de héroes,
mientras que la Brigada 15 así cobraba sus asensos,
de sus múltiples asesinatos y violación a los derechos.”*

Esa es una, ahora la otra dice [doña María canta]:

*“Grita la tierra, lloran las piedras,
lloran los montes, suspiran los campos,
han sido maltratados con sangre de inocente,
con gritos de torturados.
El cielo azul se ha tornado gris,
lágrimas derramadas por madres angustiadas,
buscando a sus hijitos frutos de sus entrañas.
Oye, papito Dios, te pido de favor,
de que a mi mamita tú le des resignación,
porque yo viviré como tatuaje en su corazón.
Mamita, ya no llores, mamita, ya no sufras,
perdóname si no me despedí,
pero es que madrecita no pensaba demorarme,
pero tampoco te quería hacer sufrir.
Mamita, mamita dame tu bendición.”*

Esa es la otra canción [doña María llora]. Me turbe un poquito, qué pena.



Foto de archivo del proyecto.

REFERENCIAS

- Alonso, I. (2006). *Literatura y memoria: Representaciones del conflicto colombiano en palabras de mujer. El caso de Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón (1975) de Albalucía Ángel y La multitud errante (2001) de Laura Restrepo*. (Tesis de maestría). Bogotá, Colombia: Departamento de Literatura, Universidad de los Andes.
- Calveiro, P. (2006). “Los usos políticos de la memoria”. En *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 359-382.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. (2ª ed.) Madrid, España: Las Ediciones de La Piqueta.
- Herrera, M. C. y Pertuz, C. (2015). “Narrativas Femeninas del Conflicto Armado y la Violencia Política en Colombia: Contar para Rehacerse”. *Revista De Estudios Sociales*. Número 53 (julio-septiembre 2015), pp. 150-162.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. Madrid, España: Siglo Veintiuno Editores.
- Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria*. Barcelona, España: Paidós.

- Ochando, C. (1998). *La mirada en el espejo: aproximación a la escritura testimonial*. Barcelona, España: Anthropos.
- Spivak, G. (1988). “«Can the Subaltern Speak?»”. *Marxism and the Interpretation of Culture*. C. Nelson y L. Grossbergeds. Illinois: University of Illinois Press, Urbana.
- Uribe, M. (2015). “Desaparición y evanescencia. El arte contemporáneo y la violencia”. En M. R. Acosta. *Resistencias al olvido. Memoria y arte en Colombia*. Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes, pp. 1-21.